

perseguida la religion. San Theonas exhorta al gentil-hombre y á todos los oficiales cristianos á congraciarse con su señor por la regularidad y presteza de su servicio, y al mismo tiempo con la jovialidad y amor de su carácter, « para que, dice, el so- » berano, cansado de los negocios del Estado, encuentre gozo » y descanso en la mansedumbre, exactitud, paciencia, amabi- » lidad y franqueza de sus criados. Se han de mirar sus órde- » nes, cuando no vayan contra Dios, como órdenes de Dios » mismo. » No quiere que por dinero ni por ninguna otra influencia interesada den malos consejos al príncipe, ni vendan su crédito ó hagan prevalecer la injusticia. Les recomienda mucho evitar rivalidades, odios, envidias, disputas é intrigas; no mezclarse nunca en cosas de los partidos que se disputan la influencia en las cortes y tribunales, y malgastan el tiempo en cuestiones de vanidad personal, empleando su talento en necesidades, en lugar de hacerlo en pro del bien público. Les exhorta á mostrarse afables, prontos á prestarse servicios, á tener miramiento con los hombres de mérito, y valerse en fin de su influencia para bien de todos. El cristianismo habia hecho tantos progresos en la corte de Diocleciano, que la emperatriz Prisca y su hija Valeria recibieron el bautismo, y Constantino, educado ó criado en lo interior de palacio, aprendió y se acostumbró á amar la piedad cristiana, de la cual hizo mas tarde tan sincera profesion.

28. El 22 de abril de 296 murió el papa san Cayo, despues de haber gobernado la Iglesia durante doce años. Confirmó por decretos el uso de que los clérigos pasasen por los siete grados inferiores de la Iglesia, durante cierto tiempo, antes de poder ser instituidos obispos. San Cayo ha merecido los elogios de la antigüedad por su tino y celo en el gobierno durante época tan espinosa: tuvo una prudencia y virtud sobrenatural: su cuerpo fué depositado en el cementerio de Calixto.

CAPITULO XIV.

SUMARIO.

§ I. SAN MARCELINO, PAPA (30 de junio de 296-24 de octubre de 304).

1. Eleccion del papa san Marcelino (30 de junio de 296). — 2. Galerio comienza la persecucion. — 3. Cisma de los Melecianos. Concilio de Elvira, ó Iliberitano. — 4. Décima persecucion general bajo Diocleciano (303). — 5. Cuadro general de la décima persecucion. — 6. Mártires de la casa del emperador. Los sofistas. Hierocles. — 7. Mártires del Oriente. — 8. Mártires del Occidente. — 9. Martirio del papa san Marcelino (24 de octubre de 304).

§ II. VACANTE DE LA SANTA SEDE ROMANA (21 de octubre de 304-19 de mayo de 308).

10. Continuacion y fin de la persecucion de Diocleciano en Occidente. — 11. Martirio de san Ginés. — 12. Abdicacion de Diocleciano. — 13. Maximino Daya. — 14. Continuacion de la persecucion en el Oriente. — 15. Conciliábulo de obispos *traditores* en Cirta. Cánones de san Pedro, patriarca de Alejandría.

§ III. SAN MARCELO, PAPA (19 de mayo de 308-16 de enero de 310).

16. Eleccion del papa san Marcelo. — 17. Constantino proclamado emperador por las legiones de la Gran Bretaña. — 18. San Metodio, obispo de Tiro. — 19. San Antonio. — 20. Muerte del papa san Marcelo.

§ IV. SAN EUSEBIO, PAPA (2 de abril de 310-26 de setiembre de 310).

21. Eleccion, destierro y muerte del papa san Eusebio.

§ V. VACANTE DE LA SANTA SEDE ROMANA (26 de setiembre de 310-2 de julio de 311).

22. Últimos crímenes y suplicio de Maximiano Hércules. — 23. Edicto de Galerio, favorable á los cristianos. Muerte de Galerio. — 24. Libertad de los presos cristianos en Oriente.

§ VI. SAN MELQUIADES, PAPA (2 de julio de 311-10 de enero de 314).

25. Eleccion del papa san Melquiades. — 26. Cisma de los Donatistas en Cartago. — 27. Maximino Daya trata de renovar la persecucion, á pesar de los edictos de Galerio. — 28. Guerra entre Constantino y Maxencio. El Lábaro. Victoria de Constantino. — 29. Edicto de Constantino proclamando la religion cristiana religion del imperio. — 30. Concilio de Roma, en el palacio de Letran, contra los Donatistas. — 31. Muerte del papa san Melquiades. — 32. Fin de la primera época de la historia eclesiástica.

§ I. SAN MARCELINO, PAPA (30 de junio de 296-24 de octubre de 304).

1. El 30 de junio de 296, Marcelino, sacerdote de Roma, fué dado por sucesor á san Cayo. Teodoreto hace de este papa

el mayor elogio, diciendo que se mostró tan fuerte como la persecucion sobrevenida en su tiempo. Dios le reservaba en efecto la gloria de ser una de las primeras víctimas de esta última y terrible tormenta, que, segun todas las probabilidades humanas, debia haber aniquilado para siempre jamás á la Iglesia al principio del cuarto siglo. Los Donatistas osaron sin embargo atacar su ilustre memoria. En su conciliábulo de Cartago, en 411, produjeron las actas supositicias de un falso concilio de Sinuesa, que acusaban á san Marcelino de haber entregado á los perseguidores las cosas sagradas y los libros de la sagrada Escritura. Pero la antigüedad católica le ha vindicado suficientemente de esta calumnia (1). El pontífice que presentó tan generosa como valerosamente su cabeza á los tiranos y que murió por la fe, es sobrado superior para que le alcancen semejantes ataques, que no merecen serio exámen.

2. Galerio, ese Dacio coronado, habia heredado de su madre, adoradora de los dioses de los bosques, un odio implacable contra el cristianismo. Sus primeros combates no habian sido felices. Enviado por Diocleciano contra Narses, rey de

(1) Bossuet, en su *Defensa de la Declaracion del clero galicano* (lib. ix, cap. 32), se expresa sobre san Marcelino y el concilio de Sinuesa en los términos siguientes: « Quid dicam de Marcellino, quem thurificasse multi crediderunt? Quid de illa, quam adversus eum collectam memorant, Sinuessana synodo trecentorum episcoporum? Falsane, an vera sit, nihil hic nostra refert. Veram eam esse plerique canonistæ per trecentos annos existimarunt, eoque exemplo pro certo habuerunt, quibusdam in causis synodum ultro convenire posse, non quidem ad judicandum, sed ad convincendum atque increpandum summum Pontificem, ut saltem pudore victus abdicare cogatur. » — Pero en una nota se lee lo que sigue: « De Sinuessana synodo nulla nunc exstat inter doctos controversia. Hanc enim manifeste supposititiam arguunt stylus barbarus et sententiæ plane absurdæ. Fabulosa est illa Marcellini thurificatio, de qua nullus veterum loquitur. Quin imo Theodoretus (lib. ii, cap. 3) dicit Marcellinum persecutionis tempore inclaruisse, quod non diceret de Pontifice idolis thurificante. Et quidem Marcellino Donatistæ idololatriæ crimen inferebant; at falsum, nulloque teste firmatum, quemadmodum solebant accusare multos alios, eosque sanctissimos Pontifices, Melchiadem, Marcellum et Sylvestrem. Cæterum nunquam ab eis commemorata est ea synodus trecentorum episcoporum, nec ab Augustino in suis adversus Petilianum libris. Neque adeo erat facile persecutionis tempore trecentos episcopos congregare, cum vix in summa Ecclesiæ pace, Constantinus hunc numerum accire potuerit in concilio Nicæno. Hæc in ineptam fabulam dicta sufficiant. » (*Obras completas de Bossuet*, vol. xvi, p. 474. Edicion de Outhenin Chalandre.)

Persia (294), habia sido batido tres veces: á su regreso, el altivo emperador le hizo marchar á pié, vestido de la púrpura cesárea, mas de una milla, al lado de su carro; Galerio comprendió bien este castigo; y en el año siguiente, en una segunda expedicion, presentó encadenados, á Diocleciano, los mas ilustres guerreros persas, toda la familia de Narses cautiva, todos los bagajes y todas las riquezas del ejército que tan completamente habia vencido. Desde este momento se hizo temible hasta al mismo Diocleciano, y se creyó con derecho de vengarse contra los cristianos de las pasadas humillaciones. Comenzó pues, por su cuenta, y sin contar con los otros tres príncipes, á mandar los mas rigurosos suplicios contra los fieles (298). Su cólera cayó desde luego contra los oficiales de su casa, jefes y soldados cristianos de su ejército. Les privó de sus empleos, los arrojó de su presencia abrumándoles de injurias, y aun castigó con el suplicio de muerte á los que juzgó mas obstinados. La historia nos ha conservado los nombres de algunos soldados que vertieron su sangre por Jesucristo en esta circunstancia: Maximiliano, decapitado en Tebaste de la Numidia; en Tánger de la Mauritania, Marcelo, centurion de la legion Trajana, el cual, en el dia de la fiesta del emperador, rehusándose á sacrificar por la vida de *Su Eternidad*, arrojó el vástago de vid, insignia de su dignidad, y con el cual pegaban los centuriones á los soldados que se debian castigar, se quitó su cintura militar y su casco, y se declaró cristiano. Se le mandó cortar la cabeza. Mientras que Agricola, prefecto del pretorio, dictaba la sentencia, el notario, llamado Casiano, exclamó que no consentiria en escribir tanta injusticia, y holló con sus piés el cincel y las tablitas. El martirio coronó su generosa indignacion. — Se refiere á esta época el suplicio de cuarenta soldados cristianos, que fueron muertos por la fe en la provincia de Lauriac, poblacion arruinada hoy, que estaba situada en el Ems, cerca de su embocadura en el Danubio.

3. Las crueldades ejecutadas por órden de Galerio le eran personales, aunque sus cólegas en el imperio no tratasen de impedirselo. La mayor parte de la Iglesia estaba en paz, y aun

gozaba de cierto favor para con Diocleciano, que acababa de dar contra los Maniqueos un edicto en que los condenaba á la pena del fuego: solo perturbaba la armonía de la Iglesia el cisma de Melecio, á pesar del esfuerzo con que aquella procuraba consolidar la paz por medio de la celebracion de muchos concilios particulares. Melecio, obispo de Licópolis en la Tebáida, habia sido convicto de muchos crímenes, entre otros el de haber sacrificado á los ídolos. Fué depuesto en un concilio celebrado en Alejandría por san Pedro, sucesor de san Theonas. Lejos de someterse á la condenacion y á la penitencia canónica, se separó de la comunión del obispo de Alejandría y de sus demás cólegas, comenzando así el cisma de los Melecianos, acrecentado mas tarde y que no cesó hasta el 325, terminado por el concilio Niceno. — Un concilio celebrado en España, en la ciudad de Elvira ó Iliberis, junto á Granada, el año 301, tal vez á mediados del siglo tercero, ha sido y es muy notable por la severidad de sus cánones disciplinales, los mas auténticos de aquella época: Valero, obispo de Zaragoza, y Osio, obispo de Córdoba, asistieron á él, si es que sus nombres les pertenecen, y no lo son de otros obispos del mismo nombre mas antiguos. De los ochenta y un cánones de que se compone, una docena son de un extremo rigor, pues que los obispos rehusan, aun en el fin de la vida, la comunión á los culpables de ciertos delitos gravísimos de idolatría, etc., reservándoseles solo la penitencia y la absolucion. Se impone esta pena al cristiano que ha apostatado voluntariamente; al que despues de recibido el bautismo acepta el cargo de *flámen* ó sacerdote de los ídolos, y al que les ofrece sacrificios sacerdotalmente; al delator calumnioso que es causa de la muerte de otro; á las casadas que abandonan á sus maridos para casarse segunda vez; á las vírgenes consagradas á Dios que han sido traidoras á su juramento para llevar vida desordenada, etc., etc. Es muy notable el decreto que prohíbe se hagan pinturas en las iglesias, « por temor, dicen los Padres, de que el objeto de » nuestro culto y adoraciones no esté expuesto en las paredes. » Se temia sin duda que estas pinturas no fuesen en

tiempo de persecucion profanadas por los infieles, y no sirviesen así de pretexto á los ultrajes y calumnias de los paganos. Tal es la interpretacion que toda la antigüedad ha dado á este cánón, que nada tiene que ver con los errores de los Iconoclastas.

4. Hacia el fin del año 302, se notaban en el palacio de Nicomedia conversaciones frecuentes y misteriosas entre Diocleciano y el César Galerio. Se trataba entre estos dos príncipes de seguir el designio de Neron, y de concertarse con tanta destreza que se pudiera lograr exterminar para siempre jamás el cristianismo con un golpe terrible pero decisivo. El viejo emperador se resistió mucho tiempo, segun justicia que le hace la historia. « Era peligroso, decia, perturbar de nuevo la » paz del mundo y derramar arroyos de sangre. Por otra » parte, nada harán los suplicios, porque los cristianos no » piden sino morir por su ley. » En fin, movido por Galerio, Diocleciano consintió en someter la cuestion á un consejo de magistrados y de militares. Los consejeros temblaban delante del César del Danubio, Galerio, y todos los pareceres opinaron por que se persiguiesen los enemigos de la tranquilidad pública. Irresoluto aun Diocleciano, mandó consultar el oráculo de Apolo de Mileto; el cual respondió: *Que los justos, esparcidos por la tierra, le impedian decir la verdad.* La pitonisa se quejaba de estar muda: los agoreros ó arúspices declararon que los *justos* de que hablaba Apolo eran los cristianos: se resolvió pues la persecucion, y se fijó su principio á las fiestas Terminales (23 de febrero de 303), último dia del año romano que, en el pensamiento de los perseguidores, habia de poner término á la religion cristiana. El decreto de exterminio contenia en sustancia: « Las iglesias serán destruidas, y quemados » los libros sagrados; serán los cristianos privados de todos » los honores y dignidades, y condenados al suplicio sin distincion de órden ni condicion: podrán ser perseguidos ante los » tribunales, y no les será permitido á ellos proceder contra » nadie, ni aun por reclamacion de robo, reparacion de injurias ó adulterio. Los libertos cristianos volverán á ser esclavos »

» vos. » Un edicto particular condenaba á los obispos á ponerlos en grillos y á forzarlos á abjurar. — Comenzó el ataque por Nicomedia, donde se hallaban á la sazón los dos emperadores. Al amanecer, el prefecto de la ciudad, seguido de los generales, oficiales y soldados, fué á la basilica, edificada en un collado y rodeada de grandes edificios. Rompen las puertas, buscan alguna figura del Dios á quien adoran los cristianos. Son entregadas á las llamas las Escrituras que se encuentran, y se saquea todo el templo. Diocleciano y Galerio se pusieron á una ventana del palacio, presidiendo á esta primera ejecucion y animando con su voz y gestos á los emisarios. Galerio queria que se quemase la iglesia; mas Diocleciano, temiendo que el fuego se comunicase al resto de la ciudad, envió á los pretorianos con hachas y martillos, y en pocas horas arrasaron el edificio. Entretanto se habian despachado correos á Maximiano Hércules y al César Constancio, para notificarles los nuevos decretos y la orden de hacerlos ejecutar. El viejo Maximiano los acogió con gozo; porque los deseaba mucho tiempo habia. Constancio Chloro, despues de haberlos leído, mandó llamar á todos los oficiales cristianos de su palacio, y les propuso escoger: si rehusaban sacrificar á los ídolos, ser echados de su presencia y privados de su gracia y honores, ó bien conservarlos si sacrificaban. Algunos, prefiriendo los intereses del mundo á su religion, declararon que estaban prontos á sacrificar: todos los demás quedaron incontrastables en la fe. Pero ¿qué sorpresa no causó á todos el oír declarar á Constancio que juzgaba cobardes á los apóstatas, y que, no esperando fuesen mas fieles á su príncipe que á su Dios, los separaba para siempre de su lado y servicio? Al contrario, guardó los buenos cerca de su persona, confiándoles su guarda particular, y considerándolos como sus mas celosos súbditos. Las Galias, que pendian de su jurisdiccion, se libraron por su benévola proteccion de la persecucion general: como si estuviese Dios satisfecho de los infinitos mártires de que la habia llenado Maximiano Hércules, diez y seis años antes, mientras que lo restante de la Iglesia estaba en

paz (año 287). Sin embargo Constancio, por no irritar los otros tres emperadores, mofándose abiertamente de sus decretos, permitió que se destruyeran en las Galias las iglesias materiales, « considerando, dice Lactancio, que pasada la borrasca podrian ser reedificadas. »

5. Extendiase entretanto la persecucion con suma rapidez desde las orillas del Tiber hasta las extremidades del imperio, excepto las Galias. Por todas partes caian arruinadas las iglesias al martillo destructor; los magistrados plantaban su tribunal en los templos cerca de los ídolos, y obligaban á la muchedumbre á que sacrificase; el que rehusaba adorar á los dioses era condenado y entregado en manos del verdugo; las cárceles estaban atestadas de víctimas; los caminos, cubiertos de rebaños de hombres mutilados, que eran enviados á morir en las minas ó en las canteras del Estado. Las varas, potros, garfios de hierro, la cruz, el aspa, las fieras, despedazaban á los tiernos niños con sus madres; aquí se cuelga á un palo por los piés á mujeres desnudas, y se las deja morir en este vergonzoso y cruel suplicio; allí se atan los miembros de los mártires á ramas de árboles juntadas violentamente, para que soltándose despedacen y hagan trozos los cuerpos santos. Cada provincia tiene su particular suplicio: fuego lento en Mesopotamia, ruedas en el Ponto, hachas en la Arabia, plomo derretido en Capadocia. Frecuentemente, en medio de los tormentos, se apaga la sed del confesor, y se le echa agua en el rostro, por temor de que no apresure su muerte el ardor de la calentura. Otras veces, cansados de quemar aisladamente á los fieles, los paganos los precipitaban en turbas á la hoguera; y los huesos de las víctimas, hechos cenizas, se aventaban al aire (CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*).

6. La casa del emperador fué la primera expuesta á la crueldad del tirano. Valeria, hija de Diocleciano, y Prisca, su mujer, no tuvieron la fuerza de resistir á los tormentos, y sacrificaron. Doroteo, el eunuco principal, Gorgonio, Pedro, Judas, Migdonio y Mardonio padecieron muerte en Nicomedia. Echaron sal y vinagre en las llagas de Pedro: fué tendido en

una parrilla, fueron asadas sus carnes como viandas de un festin. Se arrojaban á la hoguera revueltos ancianos, niños y mujeres: otras víctimas, amontonadas en barcas, eran precipitadas en alta mar. San Antimo, obispo de Nicomedia, todos los sacerdotes, diáconos y clérigos de esta iglesia fueron prendidos, y sin mas exámen que su sola confesion se les condenó al suplicio. En ejecucion del decreto que prohibia á los cristianos seguir causa ninguna ante los tribunales, se habian colocado en cada sala de audiencia y en cada gabinete de los jueces altares portátiles, donde se hacia sacrificar á los clientes antes de dar curso á su causa. Se vió en Nicomedia al gobernador de la provincia de la Bitinia transportado de regocijo, cual si hubiera vencido á una nacion bárbara, porque un cristiano que habia resistido durante dos años, habia cedido en fin á la violencia de los tormentos. — Dos sofistas paganos de Nicomedia, en presencia de las víctimas amontonadas en las cárceles de la ciudad, de los cuerpos mutilados y ensangrentados de los mártires que cubrian las calles y los caminos, tuvieron el feroz valor de escribir libros contra aquellos cristianos, á quienes al menos debian dejar morir en paz. El uno de ellos, catedrático de filosofía, cuya obra ha analizado Lactancio, sin tomarse el trabajo de decirnos su nombre, puso por una parte en su tratado tantas injurias contra las víctimas, y por otra tan baja adulacion á los tiranos, que solo recogió menosprecios aun de los mismos paganos. El otro, no menos violento, pero más astuto, era juez de Nicomedia y se llamaba Hierocles. Intituló su libro *Philaletes*, ó el amigo de la verdad, al modo que Celso habia intitulado el suyo *Discurso de verdad*. Lo dirigia á los cristianos mismos, y « tocado su co- » razon, decia, de su situacion deplorable, no quería atacarlos, » sino darles solo consejos saludables. » Era hacer á la vez el papel de filántropo y de verdugo: como escritor, se erigia en consejero y amigo de aquellos á quienes como juez enviaba al suplicio. Por lo demás, su obra es un tejido de objeciones contra la verdad de la religion cristiana, renovadas en su mayor parte de las obras de Celso. El éxito sobrepujó las

esperanzas del autor; porque en recompensa de su injurioso libelo, Hierocles fué nombrado por Galerio, desde luego gobernador de la Bitinia, y poco despues de la importante provincia de Egipto. Desplegó en dichos empleos tal encarnizamiento contra los cristianos, que su nombre ha quedado como el de uno de los enemigos mas sanguinarios de una religion que contó, en el espacio de tres siglos, casi tantos perseguidores como soberanos tuvo el imperio.

7. Fuera imposible enumerar los nombres de todo este ejército de mártires, enviados al cielo por los tiranos de todos los puntos del mundo, ejecutando sus crueles decretos. El Ponto, la Capadocia, la Frigia, la Armenia, la Mauritania, la Tracia vieron, en un momento, renovarse en su seno los horrores que habian ensangrentado á Nicomedia y á toda la Bitinia. En Ancira de Galacia, san Teodoto, que administraba una fonda, hizo admirar su celo, fe y valor: padeció el martirio con muchedumbre de cristianos, á quienes animaba con sus palabras y ejemplos. Siete vírgenes, compañeras de santa Tecusa, expuestas por infames magistrados en los lupanares, conservaron milagrosamente su honor para presentarle puro con su sangre al altar del Cordero. — Antioquía tuvo su legion de confesores, entre los cuales se admira á san Romano, que murió ahogado por la mano del verdugo, despues que Diocleciano le habia hecho cortar la lengua y padecer el suplicio del cepo hasta el quinto agujero, y el de la argolla y grillos apretados hasta el quinto clavo. Durante el interrogatorio, habiendo tratado el juez de probar la superioridad del culto pagano sobre el de la religion cristiana, Romano le pidió el permiso de dirigir algunas cuestiones á un niño para que la verdad saliese pura de su angelical é inocente boca. Se trajo á Baralah, niño de cerca de siete años, y le preguntó Romano: « ¿Es mas razonable adorar á un Dios solo que á millares que se combaten unos á otros? » Baralah respondió: « No hay sino un solo Dios, y no pueden adorarse muchos. » El juez le mandó azotar por los verdugos tan cruelmente, que su sangre corria por todas partes. Los asistentes lloraban; y el juez, si tal nombre puede

darse á quien tales injusticias comete en nombre de la justicia, condenó á este niño heróico á ser degollado. La madre de Baralah le llevó por si misma al cadalso : le abrazó tiernamente, se encomendó á sus oraciones, le entregó al verdugo, tendió su manto para coger la sangre del tiernecito infante, y alcanzó de los verdugos el llevarse los restos de su hijo despues de su sacrificio. — En Tiro, los verdugos, cansados de atormentar á los cristianos, y habiendo agotado en ellos todo género de suplicios conocidos, entregaron á las fieras del anfiteatro el resto de los fieles mártires. Se soltaron contra estos, leones, leopardos, osos, tigres, jabalíes. Pero estos animales, por permission de Dios, ó tal vez desdeñando los restos sangrientos de la crueldad humana, rehusaban tocar á los cristianos, y se echaban furiosos contra los paganos, que los picaban y estimulaban con chuzos y puntales. Para acabar de una vez, se tuvo que ir cortando las cabezas de los ilustres mártires de la fe. — En Cesarea de la Palestina, se hizo comparecer ante el gobernador á Procopio, exorcista de la iglesia de Jerusalem, que acababan de apresar en las puertas de la ciudad en el momento de entrar. El gobernador le presentó incienso y le mandó lo quemase á la divinidad de los cuatro emperadores. Procopio respondió con aquella expresion de Homero : *Εἰς κόλπον ἔστιν*, no hay sino un solo señor. E inmediatamente fué decapitado. Todos los obispos de la Palestina fueron llevados á Cesarea para ser sometidos á los mas espantosos tormentos. Los jueces juzgaban muy importante hacer creer al pueblo que los obispos habian sacrificado, esperando atraer á la muchedumbre de fieles á su ejemplo. A uno le ligaban las manos sobre el altar del ídolo, mientras que se quemaba incienso, y se le soltaba en seguida diciendo que habia sacrificado. A otro le sacaban del potro medio muerto, y decian que al fin habia renegado de su religion. Si mas tarde se hallaba con bastante fuerza para protestar contra esta mentira, se le abofeteaba y hacia cerrar la boca, y le mandaban salir afuera, obstinándose en decir que habia apostatado. — En Egipto se vieron espantosas escenas de crueldad. En Tebáida se ataban los mártires á un poste

expuestos á los ardores de un sol abrasador, y se les dejaba morir de hambre. En lugar de garfios de hierro, se servian los verdugos de pedazos de vidrio y ollas rotas para descarnar el cuerpo; se les levantaban las uñas con puntas de hierro, y se derramaba aceite hirviendo en las llagas : á las mujeres desnudas se las colgaba de los piés con la cabeza abajo; unas eran quemadas en parrillas, ó crucificadas cabeza abajo; otras desmembradas, ó atadas á caballos indómitos. Estos suplicios se renovaron durante dos años enteros, y se contaban hasta cien supliciados por dia en la misma ciudad. Entre esta muchedumbre de mártires, la historia nos ha conservado el nombre de Filoroma, tribuno militar de Alejandria, y de Fileas, obispo de Thmuis, cuya constancia y heroismo hacian verter lágrimas hasta á sus propios verdugos. — Estos horrores, apenas verosímiles si no supiéramos por ejemplos sobrado recientes á qué grado de barbarie puede descender un pueblo cuando se entrega á sus sanguinarios instintos, se ejecutaban á veces con ciudades enteras. En la Frigia habia una poblacion de ocho á diez mil almas, cuyo gobernador, agente fiscal, oficiales y poblacion entera eran todos cristianos y se declararon tales. Dióse parte al emperador; pero Diocleciano, que habia mandado degollar á los ciudadanos principales de Antioquia, porque un pretendiente al imperio habia ocupado durante dos dias la ciudad, hasta que en el tercero le arrojaron de ella sus propios moradores, no podia detenerse por una mísera ciudad pequeñita de Frigia. Envió pues á ella soldados que pusiesen fuego á toda la poblacion, con que se quemaron todos sus habitantes, sin perdonar ni aun á los niños de teta, y no se volvieron hasta que la redujeron á un monton de cenizas. — Cartago y la Numidia fueron igualmente teatro de sangrientas persecuciones. Buscábanse sobre todo en esta provincia los libros de las Escrituras. Mensurio, obispo entonces de Cartago, para salvarlas de mano de la soldadesca, tuvo cuidado de ocultarlas fuera de la catedral, dejando solo los escritos de los herejes. Los emisarios del procónsul, haciendo su requisicion, se llevaron y quemaron todos los libros que vieron, sin mas exámen; mas